

LA EVOLUCION POETICA DE PORFIRIO BARBA-JACOB *

Escribe: GERMAN POSADA MEJIA

Poeta filósofico —poeta ante todo—, Porfirio Barba-Jacob es uno de los líricos castellanos contemporáneos de mayor ambición metafísica, uno de los que más conscientemente y con mayor insistencia abordan las causas eternas de la poesía y el pensamiento humanos. Y es también uno de los poetas que mayor unidad presentan en su producción: obra de una sola pieza, conjunto cerrado y total, como una catedral o una sinfonía; unidad que desde el principio hasta el fin acusa igual acento, igual preocupación originaria y trascendente. A lo largo de los seis lustros y medio que la comprenden (1906-1939), esta poesía revela una evolución de ritmo interno invariable, con su introducción, su apogeo y su epílogo. Unidad de visión y de arquitectura que recuerda, entre los poetas modernos del mundo occidental, a Baudelaire y sus *Fleurs du mal* (1857); y que recuerda también, entre los clásicos inmortales, a un común maestro del francés y del colombiano, al autor de la *Divina Commedia*, que, en su sentir de Porfirio, “inquiere trazos de la celeste geometría” (1).

Introducción, apogeo y epílogo. Tres épocas pueden distinguirse en la evolución poética de Barba-Jacob: la época juvenil (1906-1915), la época de plenitud (1915-1925) y la época final (1925-1939) (2).

Al primer período pertenecen los aciertos iniciales de *¡Oh noche!* y, sobre todo, *La estrella de la tarde*, obra maestra del joven bardo, que ha sido comparada a la *Ballade des ausserlichen Lebens* de Hugo von Hofmannsthal (3); a la segunda etapa corresponden las creaciones definitivas de la *Canción de la vida profunda*, *Elegía de septiembre*, *Un hombre*, *La dama de cabellos ardientes*, *Los desposados de la muerte*, *El son del viento*, *Aucarimántima*, *Balada de la loca alegría*, *Canción de la noche*

diamantina, *La reina*, *Futuro*, y —entre otras, la última— *Canción de la hora feliz*; de la época final son sólo unas cuantas poesías, con rasgos de interés, pero que, en conjunto, representan la desintegración poética del autor: Porfirio está ya interiormente agotado por el esfuerzo creador de los años precedentes.

En cuanto a su actitud anímica, esta poesía se inicia con cantos de amor a la naturaleza, que es la naturaleza de su tierra antioqueña y de las tierras que el poeta va recorriendo en sus primeros viajes. Es entonces poesía de acento aglógico, de leves nostalgias y de plenitud del goce juvenil, y en ella domina una visión optimista del mundo; sin embargo, en esta primera etapa aparece también, entreverada con “el aroma de mis campos nativos” (4) la representación de la vida como un camino nocturno, en el que campean tan sólo el amor y la muerte: “(¡Oh noche del camino, vasta y sola, / en medio de la muerte y del amor!)” (5); así como la pregunta por el sentido de las cosas y por el más allá:

*Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol?...
¿para oír el silencio de la noche? (6)*

*¿Quién sabe en la noche que incubaba las formas
de adusto silencio cubiertas,
qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía? (7)*

*¿Quién puso en nuestro espíritu anhelante,
vago rumor de mares de zozobra
emoción desatada,
quimeras vanas, ilusión sin obra?
Hermano mío, en la inquietud constante,
nunca sabremos nada... (8).*

Nunca sabremos nada. Esta oposición entre el mundo claro de la naturaleza y el mundo crepuscular de la incertidumbre, se resolverá luego —en la época de plenitud creativa— por la negación, por la oscuridad, por la desolación. El crepúsculo se ha convertido en noche cerrada, y en ella *la estrella de la tarde* alumbrará sólo por instantes. La contemplación de la naturaleza no desaparecerá nunca del todo, y traerá albas pasajeras a su corazón. Mas la noche persiste y lo domina todo: “allende la última belleza que él [ser] conciba se extenderá siempre ‘una negrura que da vértigos’ ” (9). Tal es la actitud característica de la poesía de Barba-Jacob, a través de la cual el poeta obtiene su originalidad y su grandeza.

Como en los versos de su maestro Silva, allí, en los de Porfirio, “la vida llora y la muerte sonrío... (10)”.

En medio de la noche de la vida, el poeta no vislumbra nada, nada más que la muerte (el amor es lujuria que hacia la muerte lleva); y toda su gran poesía no significa más que un viaje profundo en busca de la muerte. Mas he aquí que Porfirio es un gran enamorado de la vida, y son la ternura y la compasión hacia sus semejantes los móviles de su sacrificio; pues él marcha hacia la muerte como a un sacrificio: sabe que esa experiencia le aniquilará y sin embargo, se sacrifica por amor a sus semejantes. Quiere salvar a los hombres, salvarlos de su olvido de la muerte. Quiere que ellos conozcan la vivencia de la muerte, antes de que mueran. Porfirio quiere preparar a los hombres para la muerte: que la miren de frente, serenos, y acudan a ella como a una cita de honor. Y él se ofrece en holocausto: seguro de perecer en la demanda, Porfirio llega vivo a las proximidades de la muerte, la contempla, revela su existencia a los hombres —su omnipotente presencia, su estar ya latente en todos los actos de la vida—, y muere. Porfirio muere redimiéndonos de nuestro olvido. Poniéndonos en frente de la muerte, que es la más alta verdad de la vida. Místico de la muerte, místico de un amor ignorado, sufre por nosotros un dolor sin número ni nombre. Sufre por nosotros.

Porfirio es, pues, de manera diabólica, un apóstol y un redentor, que muere por revelarnos la muerte y hacernos más clara y más honda la vida. Sentido profundamente religioso de su creación poética. El hombre Barba-Jacob es un hermano menor del Hombre Jesús, o su hijo menor, como el hombre Unamuno, que le cantara:

*...Que eres, Cristo, el único
Hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada. Desde entonces
por Ti nos vivifica esa tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida;
por Ti....
... el Hombre que dio toda su sangre
porque las gentes sepan que son hombres (11).*

Este poeta dio —idealmente— toda la sangre, toda la vida de su poesía, por encontrar la muerte y revelarla a los mortales en sus versos. Tras la suprema contemplación —empresa sobre-

humana, ultrahumana—, Porfirio se desintegra espiritualmente, agotado por el esfuerzo creador y aniquilado por la vivencia mortal.

Así se le ve, en la etapa final de su obra, desorientado y exhausto, prolongando débilmente algunos rasgos de la plenitud o volviendo a temas semejantes a los de su juventud, como el canto al esfuerzo y a la acción, por el cual trataba —ya inútilmente— de renovarse. Era entonces un hombre sin alma, vacío de fuerza poética, aunque con inteligencia, un espectro viviente que no había perdido la luminosa clarividencia de su ser anterior y que sabía que la experiencia lívida de la muerte le había derribado, como lo declara en sus últimos versos:

*Eres falaz, ¡oh Numen! La lívida Experiencia
truncó tu vuelo: se ciñó a tus rumbos
y hoy yaces en ruinas por el suelo (12).*

El intento de renovación no fue producto de tardío cambio de actitud, sino que se anunciaba ya —en pugna contra su propia voluntad de sacrificio— por los días de su apogeo literario. “Confieso que más de una vez me ha parecido letal la amargura de estas canciones...” (13). Barba-Jacob había querido dar un vuelco radical a los temas y a la tónica general de su poesía, porque comprendió que, de tanto invocar a la muerte, todos los caminos de la vida se le cerraban, y que su poesía y su vida espiritual marcaban de consuno hacia la destrucción. Se dirigía al abismo, con pasos fatales; por momentos quiso apartarse, pero ya era tarde.

Ya en 1920, en sus días triunfales, anunciaba su propósito de salvarse por el canto a la vida:

Voy a cantar la raza, la patria, los héroes de la Rusia idealista que triunfan y gimen con Trotzky y Lenin. Voy a cantar las menudas cosas familiares... Voy a levantar el vuelo hacia la sinfonía poética —en cuanto es posible hacer sinfonías con palabras— para escribir nuestra epopeya espiritual; pero así, a relámpagos, como mi condición... Y, sobre todo, voy a cantarme a mi mismo (14).

Quiso ser el cantor épico de América, y fracasó. Su numen de poeta civil, manifiesto en cantos a ciudades amadas —Medellín, Barranquilla, Quetzaltenango, México—, se revela poco vigoroso. Y, sin embargo, supo entrever con intuición profética el espíritu de la poesía americana por venir:

...Un alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la Naturaleza, a grito abierto... Un hombre-hombre...

Un ebrio de la gloria de Simón Bolívar... Un augur de la ventura de nuestra América hispana, toda temblor de materna promesa... Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua... Un bardo que comprenda la justicia de la ira social, el oprobio de los millones frente a la ironía de los suelditos... Un hombre que advierta en el giro de las horas el giro de la Edad, porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo... Un alma así, un hombre así, un bardo de los que resumen todo el clamor de su tiempo, no lo pide nuestra generación literaria, aunque seguramente sí la que no es literaria, y nos lo demandará la posteridad (15).

Fue sólo el teorizante de esta poesía nacional americana, que habían iniciado Andrés Bello, Rubén Darío y Santos Chocano, y que culminaría en el *Canto general* (1950) de Pablo Neruda. Barba-Jacob fue, en cierto modo, el profeta de Pablo Neruda. La posteridad inmediata exigió la aparición del mesiánico bardo. Porfirio sabía lo que se decía. Pero él mismo no supo ser ese bardo esperado, ni otro distinto del que había sido siempre.

Al final de sus días, insistía en una nueva transfiguración. Hacia 1931, ya una vida en derrota, creía hablar “desde un alba de otoño que anuncia reverberación”, incorporándose con “nueva sensibilidad, nuevas ideas y nuevo ánimo ante la vida”. Quería tener aún fe en el “hombre actual” y el “hombre futuro” que había en él:

Mi verdadera plenitud empieza ahora, más allá de las tres dimensiones. Y, a lo que parece, luz primaria y silencio polifónico inundan de nuevo el éter y señalan, delante de mí, rutas innumerables (16).

El profetismo de Barba-Jacob falló esta vez. Su poesía no se renovó, como él esperaba, pues que estaba muerta, corroída en su base por su propia desesperanza. Aquel “príncipe sombrío” (17), Rey de la Muerte, no logró convertirse en Rey de la Vida, a la manera de Oscar Wilde —*King of Life*—, pues su reino no fue de este mundo: hermano —si no del divino Jesús— del humano y mortal Dostoyevski.

La voz de Porfirio era entonces un eco del pasado, un eco aterrador por su *sinestrismo* y perenne por su autenticidad. Autenticidad suicida y, no obstante, redentora. Pues al invitar desde sus versos a rehacer su trayectoria lúgubre —el viaje del que él no retornó—, Porfirio enseña a ser más humanos a los hombres.

INSTITUTO CARO Y CUERVO, Bogotá.

NOTAS

* Capítulo de un libro inédito sobre *La poesía de Porfirio Barba-Jacob*. Este poeta, llamado en realidad Miguel Angel Osorio, nacido en Santa Rosa de Osos, Colombia, en 1883, y muerto en Ciudad de México, en 1942, adoptó sucesivamente los pseudónimos de Main Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba-Jacob —nombre definitivo. Su obra poética está recogida, fundamentalmente, en *Antorchas contra el viento*, edición y prólogo de Daniel Arango, Bogotá, 1944 (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, núm. 40), y en *Poemas intemporales*, segunda edición, México, 1957. En lo sucesivo, en el curso de este capítulo, las notas se referirán a esas dos ediciones, adoptando las abreviaturas de A para *Antorchas contra el viento*, e I para *Poemas intemporales*.

Véase: Germán Posada Mejía, *El pensamiento poético de Porfirio Barba-Jacob*, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XII, Bogotá, 1957, págs. 81-132 (con separata, 1958).

(1) A 122, I 183.

(2) Las tres épocas del poeta corresponden —no cronológicamente, pero sí espiritualmente— a sus tres pseudónimos, respectivamente: Main Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba-Jacob. Al nombre de Arenales corresponde, pues, a grandes rasgos, la obra de plenitud.

(3) Silvio Villegas, "El valle del crepúsculo", *Sábado*, Bogotá, 16. 2. 1944, págs. 4, 14.

(4) Verso del soneto galante *Teresita* (ca. 1905), en Alberto Upegui Benítez, *Exégesis literaria de las poesías de Barba-Jacob*, Medellín, 1942, pág. 185.

(5) A 88, I 175.

(6) A 86, I 65.

(7) A 89, I 66.

(8) A 108, I 68.

(9) A 42. (Fragmento del prólogo de un libro inédito, *La diadema*).

(10) Guillermo Valencia, *Leyendo a Silva*, en Carlos García Prada, *Poetas modernistas hispanoamericanos*, Antología, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1956, pág. 249.

(11) Miguel de Unamuno, *Antología poética*, selección y prólogo de Luis Felipe Vivance, Ediciones Escorial, Madrid, 1942, págs. 178-179: *El Cristo de Velásquez* (1920), primera parte, IV: "¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?".

(12) A 162, I 153.

(13) A 41.

(14) "La divina tragedia, el poeta habla de sí mismo" (1920), A 69, I 35-36. El propósito de levantar el vuelo hacia la sinfonía poética para escribir una epopeya espiritual y de cantarse a sí mismo, lo realizó Barba-Jacob, en gran parte. En 1921 dio su forma casi definitiva a *Acuarimántina* (1908, 1921, 1933), que es sinfonía poética grandiosa, odisea de su espíritu, canto a sí mismo: canto agonista.

(15) A. 59, I 27.

(16) "Claves" (1931), A 73, 74, 79; I 38, 43.

(17) J. B. Jaramillo Meza, *Vida de Porfirio Barba-Jacob*, segunda edición, Bogotá, 1956, pág. 54.